

Tercer Domingo del Tiempo Ordinario C2024

Hace dos domingos celebramos el Bautismo de nuestro Señor en el río Jordán por manos de Juan el Bautista. Este bautismo marcó el fin de su vida privada y el comienzo de su ministerio público. El domingo pasado, vimos a nuestro Señor invitado a una boda en Caná donde transformó el agua en vino. Este fue su primer milagro y el comienzo de muchas de las obras que realizaría en su ministerio.

En el Evangelio de hoy nuestro Señor aparece en una Sinagoga y hace su primera predicación. Tenemos que saber que en la Sinagoga no había un ministerio profesional de la palabra. El presidente de la Sinagoga invitaba a cualquier persona distinguida presente a hablar y, luego, se producía una discusión y una charla. Así fue como nuestro Señor tuvo la oportunidad de interpretar y comentar las Escrituras ese día para la asistencia.

Hoy como en el pasado, la palabra de Dios, además de la Eucaristía, está en el centro de nuestra vida como cristianos y discípulos de Jesús. Es la palabra de Dios la que nos guía y nos inspira en las muchas cosas que hacemos como Iglesia. Sin la palabra de Dios, sería difícil e incluso imposible distinguir la comunidad cristiana de otras reuniones, como un club de fútbol o una asociación de amigos. La palabra de Dios nos es dada para que, al meditarla, construyamos nuestras relaciones con Dios y con los demás, y contribuyamos así a la unidad del cuerpo de Cristo.

La palabra de Dios que nuestro Señor leyó ese día fue un pasaje del profeta Isaías 61, 1-3.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar la buena noticia a los pobres, me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor.”

Lo que hizo nuestro Señor en esta interpretación fue atribuirse a sí mismo las palabras del profeta Isaías, confirmando con ello que el tiempo mesiánico ya se ha cumplido en su persona. *«Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír»*, el Señor dice. Si en su persona se cumple el tiempo mesiánico, quiere decir literalmente que él es el mesías por cuyas manos Dios visita y consuela a su pueblo. Él es el cumplimiento del anhelo de Israel en la espera del Mesías.

En verdad, el pasaje de Isaías resume la misión que Dios Padre ha encomendado a nuestro Señor y que él debía cumplir para la salvación del mundo. La salvación que él debe traer al mundo es total, en todas sus dimensiones, corporal y espiritual, individual y social.

El Padre lo ha enviado para llevar la alegría a los afligidos y consuelo a los necesitados. Su presencia en el mundo es una inauguración de un tiempo de gracia y de visitación de Dios. Él es dotado por el Padre con el Espíritu Santo para liberar a los que están oprimidos y viven en el sufrimiento. Este tiempo es un tiempo de liberación y bendición, donde se ofrece la victoria sobre todo tipo de opresión, donde todas las cadenas de la servidumbre serán rotas, todas las enfermedades serán sanadas y los pobres finalmente podrán regocijarse y ser felices.

Al escuchar este programa de la misión de nuestro Señor, recordemos que “Jesucristo es el mismo hoy como ayer, y será el mismo mañana” (Hebreos 13:8). Llévemole nuestros problemas y dificultades, nuestras cargas y preocupaciones. Él es capaz de rescatarnos y quitar nuestras cargas, porque para esto fue enviado al mundo.

La misión del Señor está destinada a todos, porque todos somos pueblo de Dios a pesar de la diversidad de cultura, nación, raza y lengua. Esto es lo que recuerda san Pablo a los corintios. La comparación que utiliza al respecto es realmente elocuente: el cuerpo puede tener muchas partes, pero todas forman un solo cuerpo. Así son los cristianos en Jesucristo. «Porque en un solo Espíritu fueron todos bautizados para formar un solo cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu».

Por tanto, la Iglesia es una reunión de personas de todas las naciones, razas y lenguas. Cada uno debe ser acogido y sentirse parte de su hogar, independientemente de su origen cultural o intelectual. Aunque la Iglesia es diversa, forma una unidad; aunque sus miembros son diferentes, son un solo pueblo. En otras palabras, nuestras diferencias no deben ser ocasión de división y tensiones, sino más bien una oportunidad para construir juntos el cuerpo de Cristo que estamos llamados a ser. Nuestras diferencias también deben ayudarnos a enriquecernos y completarnos mutuamente, aprovechando los dones que los demás traen en medio de nosotros.

Como individuos y como comunidad, nos necesitamos unos a otros, como la mano necesita del ojo o el oído necesita del pie, para que el cuerpo funcione en buena forma y en armonía. Puesto que somos un solo cuerpo, tenemos que vivir en solidaridad unos con otros. Esto es lo que expresa san Pablo cuando dice: “Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro recibe honor, todos los miembros se alegran”.

Para nuestro crecimiento espiritual y el bienestar de nuestra sociedad, tenemos que trabajar juntos. Tenemos que mantener una visión de un todo del que somos parte. Tenemos una gran responsabilidad, no sólo hacia nosotros mismos, sino hacia todo el cuerpo de Cristo al que pertenecemos. Además, tenemos que vernos como guardianes de nuestros hermanos y hermanas haciendo de los problemas de nuestra sociedad nuestros propios problemas.

Permítanme terminar repitiendo que en el centro de nuestra vida está la palabra de Dios. La palabra nos une como un solo pueblo a pesar de nuestras diferencias. Por eso tenemos que cuidarnos unos a otros como Cristo lo hizo por nosotros. Amen.

Nehemías 8: 2-4^a, 5-6, 8-10; 1 Corintios 12: 12-30; Lucas 1: 1-4; 4: 14-21



Fecha de la Homilía: el 26 de Enero, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250126homilia.pdf